

los viejos pilotos camaradas de Lethierry cierta princesa de cierta canción de soldados y marineros, que era tan hermosa, que pasaba por tal en el regimiento. Lethierry decía: "Mi sobrina tiene una cascada de cabellos."

Desde la infancia fué hechicera. Durante mucho tiempo creyeron que la desgraciaria la nariz, pero el crecimiento y el desarrollo desmintieron este recelo. Su nariz ni se prolongó ni se acortó demasiado, y cuando llegó á la juventud adquirió hermosa forma.

A su tío le llamaba siempre padre. Este le consentía que se dedicase á la jardinería, y ella misma regaba los cuadros de su jardín, llenos de rosas de Alejandría, de dalias de mil colores y de otras flores de varias clases. Como todos los guernesianos, tenía áloes y cactus expuestos al aire libre, y, lo que es más difícil, logró cultivar la potentilla de Ne-paul. Su huerta estaba ingeniosamente ordenada: hacia que se sucediesen en ella las espinacas á los repollos y los guisantes á las espinacas; solía sembrar coliflores de Holanda y berzas de Bruselas, que trasplantaba en Julio; nabos en Agosto, achicorias rizadas en Setiembre, pasticanas redondas en otoño y rábanos en invierno. Su tío la dejaba hacer, con tal de que manejase poco la azada y la mielga y con tal de que ella no abonase la tierra. La puso dos criadas, que se llamaban Gracia y Dulce, que son dos nombres bastante comunes en Guernesey.

El cuarto de Lethierry consistía en un pequeño gabinete, que tenía vista al puerto y se comunicaba con la sala de la planta baja, que era donde se abría la puerta de entrada, y era el punto en que confluían las varias escaleras de la casa. El mueblaje se reducía á una hamaca, á su cronómetro y á su pipa. En el cuarto solo había una mesa y una silla. El techo, que enseñaba las vigas, estaba blanqueado con cal, lo mismo que las cuatro paredes; á la derecha de la puerta pendía de un marco el grabado del archipiélago de la Mancha, que era un hermoso mapa; y á la izquierda colgaba en la pared, de otros clavos, uno de esos grandes pañuelos de algodón, en los que están pintados los pabellones de toda la marina del globo, que tienen en las cuatro puntas las banderas de Francia, de Rusia, de España y de los Estados- Unidos de América y en el centro la Union Jask de Inglaterra.

Dulce y Gracia eran dos mujeres como las demás, diciendo esto en el buen sen-

tido de la palabra. Dulce no era mala y Gracia no era fea. No eran enteramente indignas de sus nombres peligrosos. Dulce no era casada, pero tenía un galán. Esta palabra en las islas de la Mancha está admitida y el hecho también. Los dos jóvenes servían como sirven las criadas, esto es, con una dejadez propia de las criadas normandas en el archipiélago. Gracia, amiga de devaneos y bonita, contemplaba sin cesar el horizonte con la inquietud del gato. Consistía esto en que, teniendo un galán, como Dulce, tenía además, según se murmuraba, un marido marinero, cuyo regreso temía; pero esto no nos importa. La diferencia entre Gracia y Dulce consistía en que en casa menos austera y menos inocente, Dulce hubiera seguido siendo fámula y Gracia hubiera llegado á ser confidente. Sirviendo á una niña cándida como Deruchette, los talentos posibles de Gracia se perdían. Por otra parte, los amores de Dulce y de Gracia eran latentes. Ni sabía nada de ellos Lethierry, ni los adivinaba Deruchette.

La sala de la planta baja era una especie de alhóndiga con chimenea, rodeada de bancos y de mesas, y sirvió en el siglo pasado de punto de reunión á un conventículo de refugiados franceses protestantes. La pared de piedra sin pintar ostentaba un cuadro con marco de madera negra, que encerraba un cartelón de pergamino, en el que se referían las proezas de Benigno Bossuet, obispo de Meaux. Algunos pobres diocesanos, que dicho obispo persiguió cuando la revocación del edicto de Nantes, cuando encontraron asilo en Guernesey colgaron aquel cuadro en la pared. El que podía descifrar los garabatos, escritos con tinta que ya se había vuelto amarilla, leía los siguientes hechos, poco conocidos:

"El 29 de Octubre de 1685 se demolieron los templos de Mocet y de Nanteuill, que solicitó del rey el obispo de Meaux."

"El 2 de Abril de 1686 fueron arrestado Cochart, padre é hijo, por causa religiosa, á instancias del señor obispo de Meaux. Habiendo abjurado, los pusieron en libertad."

"El 28 de 1699, el señor obispo de Meaux envió á Pontchartrain una Memoria encaminada á demostrar que debía encerrarse á las jóvenes de Chalaudes y de Neuville, que perteneciesen á la religión reformada, en la casa de las Nouvelles-Catholiques de Paris."

En el fondo de la sala inmediata á la

puerta del cuarto de Lethierry había una especie de trinchera de tablas, que sirvió de púlpito á los hugonotes, y que en la actualidad la habían convertido, por medio de una verja, en despacho del buque de vapor, de cuyo despacho se encargaba Mess Lethierry en persona. Sobre el viejo pupitre de encina, un libro, registro compaginado, que llevaba en el margen Debe y Haber, había reemplazado á la Biblia.

IX.

El hombre que había adivinado á Rantaine.

Mientras Lethierry pudo navegar dirigió la *Duranda*, de la que era el único piloto y capitán; pero cuando le sobrevinieron los achaques, tuvo que nombrarse un sustituto. Eligió para este empleo al señor Clubin de Torteval, que era hombre que hablaba poco y que gozaba en toda la costa fama de severa probidad. Era el *alter ego* y el vicario de Mess Lethierry.

El señor Clubin, aunque tenía más fama de notario que de marinero, era un marino capaz y raro. Tenía todos los talentos que necesita el riesgo perpetuamente transformado. Era estivador hábil, gaviero meticoloso, contramaestre celoso y conocedor, timonel robusto, piloto inteligente y atrevido capitán. Era prudente, y algunas veces llevaba la prudencia hasta la osadía, lo que es excelente condición para el mar. El temor de lo probable lo templaba en él el instinto de lo posible. Era uno de esos marinos que afrontan el peligro en una proporción que ellos conocen y que saben sacar partido de todos los accidentes. Poseía toda la seguridad que el mar puede tener para el hombre. Era además nadador famoso; pertenecía á la raza de hombres que son maestros en la gimnasia de las olas y que pueden permanecer en el agua el tiempo que quieren; de esos hombres que hacen largos viajes á nado. Nació en Torteval, y se contaba de él que atravesaba con frecuencia nadando desde el peligroso trayecto de los Hanois hasta la punta de Pleymont.

Una de las circunstancias que recomendaron especialmente Clubin á Mess Lethierry, fué la de haber penetrado en el fondo de Rantaine y haber indicado al dueño de la *Duranda* la falta de probidad de su asociado, diciéndole: *Rantaine os robará*. Así fué en efecto. Más de una vez en negocios poco importantes

puso á prueba la honradez del señor Clubin; le experimentó, y luego le confiaba todos sus asuntos. Tenía en él seguridad completa.

X.

Relaciones de largos viajes.

Lethierry llevaba casi siempre su traje de á bordo; le incomodaban los demás, y hasta prefería el traje de marinero al de piloto, lo que hacía poner mal gesto á Deruchette. Es agradable ver que se encolerizan las fisonomías graciosas. Deruchette le reñía sonriéndose:—Padre mio, oleis á brea.—Diciendo esto le golpeaba ligeramente en el hombro.

El viejo héroe del mar había traído de sus viajes relatos sorprendentes. Vió en Madagascar plumas de ave tan grandes, que tres bastaban para cubrir el techo de una casa. Había visto en la India tallos de acedera que tenían nueve piés de altura. Había visto en la Nueva Holanda bandadas de pavos y de gansos que conducía y guardaba un perro de pastor, que era un pájaro que allí llamaban *Aganis*. Había visto cementerios de elefantes. Había visto en Africa gorillas, que son una especie de hombres-tigres, de siete piés de estatura.

Conocía las costumbres de todos los monos, desde el macaco salvaje hasta el macaco hablador. En China había visto una macuca que enternecía á los cazadores enseñándoles sus hijuelos. Había visto en California el tronco de un árbol hueco y derribado, en cuyo interior un hombre á caballo podía dar cien cincuenta pasos. Había visto en Marruecos á los morabitas y los brikris batirse con matraks y barras de hierro, por haber los brikris sido tratados de *kellb*, que quiere decir perros, y por haber los morabitas sido tratados de *khamis*, que quiere decir gente de la quinta secta. Había visto en la China cortar en pedacitos menudos al pirata Chant-Hung-quanlarh-Qoni, por haber asesinado al ap de una aldea. En Thudant había visto cómo un león se llevaba una vieja del mercado de la ciudad. Había asistido á la llegada de la gran serpiente, que desde Cantin venía á Saigon para celebrar en la pagoda de Cholen la fiesta de la diosa de los navegantes. En el Rio Janeiro vió que elegantes brasileñas se ponían por la noche en el cabello unas burbujitas de gasa, que contenía

cada una de ellas un cocuyo, que es una especie de luciérnaga ó insecto fosforescente, y parecía que llevaban un tocado de estrellas. En la orilla del río Arinos, en los bosques vírgenes al Norte de Diamantins, había comprobado la existencia del pueblo de los murciélagos, que son hombres que nacen con el cabello blanco y los ojos colorados, que habitan en bosques sombríos, duermen de día y se despiertan de noche, pescan y cazan en la oscuridad y tienen más vista cuando no brilla la luna.

Historias tan verdaderas, que se parecían á cuentos, entretenían y divertían á Deruchette.

La muñeca de la *Duranda* era el lazo que unía el buque á la jóven. Llamaban muñeca en las islas normandas al mascarón tallado en la proa, que es una estatua de madera, esculpida más ó menos artísticamente. Deruchette tenía gran afecto al mascarón de la *Duranda*, porque Lethierry encargó al carpintero que lo hiciese parecido á su sobrina. El carpintero hizo lo que pudo, pero pudo muy poco, porque el mascarón en nada se parecía á una jóven hermosa. Sin embargo, ilusionaba á Lethierry, que lo veía con la contemplación del creyente y se extasiaba en su presencia, reconociendo en él el busto de Deruchette. Semejante es á éste el parecido del dogma á la verdad y el del ídolo á Dios.

Mess Lethierry recibía dos alegrías cada semana; una el martes y otra el viernes. La primera la motivaba la partida de la *Duranda* y la segunda su regreso. Se apoyaba de codos sobre la ventana, contemplaba su obra y era feliz. Algo de eso hay en el Génesis. Y *vió lo que era bueno*.

La presencia de Lethierry en su ventana los viernes equivalía á una señal. Cuando se asomaba encendiendo la pipa, la gente decía:—“Ya viene el buque de vapor.” Un humo anunciaba á otro.

Cuando llegaba al puerto la *Duranda*, anudaba el cable debajo de las ventanas de Lethierry á una gran argolla de hierro, fija en el basamento de las Bravées. Esas noches Lethierry disfrutaba apacible sueño en la hamaca, pensando que á un lado tenía á Deruchette dormida y al otro lado á *Duranda* amarada.

El amarradero de la *Duranda* estaba cerca de la campana del puerto. Había allí un pequeño malecón, el cual, lo mismo que las Bravées, la casa y el jardín, han desaparecido ya actualmente.

La explotación del granito de Guernesey hizo vender aquellos terrenos: hoy lo ocupan canteras de picapedreros.

XI.

Ojeada sobre los maridos eventuales.

Deruchette crecía y no se casaba. Dándole educación de señorita, Mess Lethierry la había hecho muy difícil. Esta clase de educaciones se vuelven más tarde contra la persona que las recibe.

Pero Mess Lethierry era aun más difícil de contentar. El marido que deseaba encontrar para Deruchette había de ser también hasta cierto punto marido de la *Duranda*. Deseaba casar de una vez á sus dos hijas, y pretendía que el que guiase la una fuese también el piloto de la otra. Porque, ¿qué es el marido más que el capitán de un viaje? ¿Por qué no dar el mismo patrón á la hija y al buque? El matrimonio obedece á las mareas. El que sabe dirigir un barco sabe dirigir una mujer. Uno y otra están sujetos á la luna y al viento. Teniendo el señor Clubin quince años menos que Lethierry, solo podía ser para *Duranda* un patrón provisional; necesitaba encontrar un piloto jóven, un patrón definitivo, el verdadero sucesor del fundador y del inventor. El piloto definitivo de *Duranda* debía ser hasta cierto punto yerno de Mess Lethierry. ¿Por qué no fundir los dos yernos en uno? Acariciaba esta idea. Veía, como su sobrina, aparecer en sus sueños un prometido, cuyo ideal era un gaviero robusto, tostado y brusco, un atlea del mar; pero el ideal de Deruchette no era éste; su ideal era un sueño de color de rosa.

De todos modos, el tío y la sobrina parecía que estaban acordes en no tener prisa. Cuando creyeron á Deruchette rica heredera, se presentaron muchos aspirantes á marido. Estas solicitudes apremiantes no son siempre de buena calidad. Lethierry lo comprendía y solía decir: “Novia de oro, novio de cobre.” Por eso despedía á los pretendientes, y tío y sobrina continuaban esperando.

Mess Lethierry no aspiraba á aliarse con la aristocracia; era un inglés inverosímil. Cuesta trabajo creer que llegó á rehusar para Deruchette partidos tan excelentes como los que le ofrecían un Gauduel, de Jersey, y un Bucuet-Nicolin, de Serk. Hasta se atrevieron á afirmar que no quiso aceptar una propo-

sición procedente de la aristocracia de Auriny, y que había desatendido la de un miembro de la familia de Edou, que evidentemente descendía de Eduardo el Confesor.

XII.

Excepción en el carácter de Lethierry.

Tenia un gran defecto; odiaba á los sacerdotes.

Un día, leyendo en Voltaire estas palabras: “Los curas son gatos,” dejó el libro y refunfuñó á media voz:—Pues si ellos son gatos, yo soy perro.

Debemos recordar que, cuando creó el *Debil-Boat* local, los curas luteranos y calvinistas le combatieron con empeño y le persiguieron todo lo que pudieron. Ya dijimos también que era temeridad condenable ser revolucionario en la navegación, procurar que progresase el archipiélago normando y hacer tragar á la isla de Guernesey la nueva invención. Por eso el clero le condenó. Nos referimos al clero antiguo, no al actual, que hoy en casi todas las Iglesias locales tiene tendencia liberal hácia el progreso. Pusiéronle muchas trabas á Lethierry, y le opusieron toda la cantidad de obstáculos de que son capaces las pláticas y los sermones. Como los eclesiásticos le detestaban, él los detestaba también; el odio de ellos era circunstancia atenuante del suyo.

Debemos, sin embargo, confesar que su aversión á los sacerdotes era idiosincrática. No tenía necesidad de que le odiasen para odiarles. Estaba contra ella por sus ideas y por su instinto. Entreveía que escondían las uñas y les enseñaba los dientes. Pero hay que convenir en que se los enseñaba á tontas y á locas y no siempre con oportunidad. Es injusto no distinguir. Los odios que se profesan en globo no son racionales. Lethierry no hubiera sido indulgente ni con el mismo vicario saboyano. No sabemos si en su concepto había un solo cura que fuese bueno. A fuerza de ser filósofo, perdía gran parte de su discreción. Existe la intolerancia de los tolerantes, como existe la rabia de los moderados; pero Lethierry era tan bondadoso que no podía odiar verdaderamente. Rechazaba más que atacaba. Se mantenía á cierta distancia de las gentes de iglesia. Iban contra él y se limitaba á no quererlas. La diferencia entre su odio y el de los

curas consistía en que el de éstos era animosidad y el suyo antipatía.

Tan pequeña como es la isla de Guernesey, tiene sitio para dos religiones. Se profesan en ella la religión católica y la religión protestante; pero no las encierra la misma iglesia: cada culto tiene su templo ó su capilla particular. En Alemania, por ejemplo en Heidelberg, no se andan con tantos miramientos; dividen la iglesia en dos, la mitad para San Pedro y la otra mitad para Calvino; entre las dos mitades se levanta un tabique para prevenir disputas; los católicos tienen tres altares, los hugonotes otros tres, y como se oficia á las mismas horas, la campana única llama á los fieles á un mismo tiempo á diferentes ceremonias; llama al mismo tiempo á Dios y al diablo. Este es un sistema de simplificación.

La fiera alemana consiente esas aproximaciones. En Guernesey cada religión tiene su templo. Existe la parroquia ortodoxa y la parroquia herética, y se puede escoger. Mess Lethierry no iba á una ni á otra. Este marinero, obrero, filósofo y aventurero del trabajo, que aparentemente era sencillo, no lo era tanto en el fondo. Tenía sus contradicciones y sus terquedades. Respecto á los clérigos era inflexible. Se permitía las bromas más intempestivas. Tenía dichos que le eran propios, estafalarios, pero que tenían sentido. A ir á confesarse llamaba: “Ir á desenredar la conciencia.”

Tenia poca instrucción literaria y cometía muchas faltas de ortografía.

Su antipapismo no le captaba la benevolencia de los anglicanos. No le querían más los rectores protestantes que los curas católicos. Hasta cuando se trataba de los dogmas más graves, su falta de religión se manifestaba casi sin recato. Oyó por casualidad un sermón que sobre el infierno predicó el reverendo Jaquemin Hérode, cura protestante, sermón magnífico, salpicado de textos sagrados, para probar las penas eternas, los suplicios, los castigos inexorables, las quemaduras perpétuas, la cólera de la Omnipotencia, las venganzas divinas, todas estas cosas incontestables, y se le oyó decir en voz baja al salir del templo con uno de los fieles:—“¿Qué quereis! Yo tengo otra idea. Yo creo que Dios es bueno.”

Adquirió esa levadura de ateísmo durante su residencia en Francia. Aunque guernesiano y guernesiano de pura san-

gre, le llamaban en la isla el francés, por su carácter *improper*. El no ocultaba que estaba impregnado de ideas subversivas: su tenacidad en construir el buque de vapor lo probaba completamente. Decía: *Me ha amamantado el 89*. El 89 era una nodriza que no podía dar buena leche.

Además cometía contrasentidos. Es muy difícil no malearse en las pequeñas poblaciones. En Francia hay que guardar las apariencias, en Inglaterra hay que ser respetable; la tranquilidad de la vida solo se consigue á ese precio. Ser respetable implica multitud de observancias, desde santificar el domingo hasta ponerse bien la corbata. No hacerse señalar con el dedo es otra de estas observancias. Ser señalado con el dedo es el diminutivo del anatema. Las aldeas, que son nidos de comadrería, se distinguen en esa malignidad aisladora, que es la maldición vista por el pequeño agujero del anteojo. Hasta los más osados temen los chismes de vecindad; el que desafía la metralla y el huracán retrocede ante ellos. Lethierry era más terco que lógico, y esto no obstante, su tenacidad se doblaba bajo la presión del *qué dirán?* Echaba agua en su vino, y esta frase es una locución preñada de concesiones latentes y algunas veces repugnantes.

Se separaba de los hombres del clero, pero no les cerraba resueltamente la puerta. En actos oficiales y en las épocas de visitas pastorales, recibía con suficiente urbanidad lo mismo al rector luterano que al capellán papista. Acompañaba á Deruchette á la parroquia anglicana cuando ella iba, que eran las cuatro grandes solemnidades del año.

En resumen: esos compromisos le molestaban y le irritaban, y en vez de inclinarse hacia las gentes de iglesia, hacían que les tuviera más aversión. Tomaba sus represalias multiplicando sus burlonas chanzonetas. Este hombre sin hiel no tenía otras asperezas, pero no había medio de corregírselas. Este era su temperamento y había que dejarle estar.

El clero en masa le desagradaba y lo veía con irreverencia revolucionaria. No sabía distinguir entre las formas del culto. Su miopía en esta materia llegaba al extremo de no ver la diferencia que hay entre un ministro de la religión y un abate. Confundía á un reverendo doctor con un reverendo padre. Decía: *Weley no vale más que Loyola*. Cuando veía pasar á un pastor con su mujer, vol-

via la cabeza al otro lado. *¡Un cura casado!* decía, con la entonación absurda que esas dos palabras juntas tenían en Francia en aquella época. Refería que en su último viaje á Inglaterra había visto á la arzobispa de Londres. Sus rebeliones contra este género de enlaces le hacían montar en cólera.—*¡Un traje talar no se debe casar con otro traje talar!*, exclamaba. El sacerdocio le causaba el efecto de un sexo. Hubiera dicho de buena gana:—*No es hombre ni mujer, es sacerdote.* Aplicaba con mal gusto los mismos epítetos desdeñosos al clero papista que al clero anglicano; envolvía las dos sotas en la misma fraseología, sin tomarse la molestia de parodiar, respecto á los clérigos católicos y luteranos, las metonimias soldadescas que se usaban en aquel tiempo. Decía á Deruchette:—*Cásate con quien quieras, como no sea con un solideo.*

XIII.

La frivolidad forma parte de la gracia.

Cuando Lethierry decía una palabra que tenía siempre presente; cuando Deruchette la decía la olvidaba: en esto se diferenciaban el tío y la sobrina.

Deruchette, que fué educada como ya sabemos, se había acostumbrado á no tener responsabilidad. Insistimos en que hay más de un peligro latente en la educación que no se dá con bastante seriedad. Querer hacer felices á los hijos demasiado pronto es tal vez una imprudencia.

Deruchette creía que estando ella contenta todo iba bien.

Comprendía, además, que su tío se alegraba de verla alegre. Con leve diferencia, sus ideas eran las mismas que las de Lethierry. Su religión se daba por satisfecha con ir á la parroquia cuatro veces al año.

Ignoraba todo lo que sucedía en la vida. Poseía todo lo necesario para llegar un día á enloquecer de amor; entre tanto estaba alegre.

Cantaba sin pensar que cantaba, hablaba sin ton ni son, vivía por vivir, soltaba una palabra y se iba, hacia algo y huía. Era embelesadora. Unid á estos encantos el que dá la libertad inglesa. En Inglaterra los niños van solos, las jóvenes solteras también. Tales son las costumbres. Andando el tiempo, las solteras libres se convierten en esposas esclavas. Tomamos aquí estas dos pala-

bras en su buena acepción: libres en el desarrollo, esclavas de su deber.

Deruchette se levantaba todas las mañanas sin tener conciencia de sus acciones del día anterior.

Se la pondría en un apuro si se la preguntase qué es lo que hizo la semana pasada, pero esto no la impedía experimentar en ciertas horas de turbación misterioso malestar, y sentir pasar algo sombrío sobre su expansión y su alegría. Los espacios azules también tienen nubes, pero estas nubes se desvanecen pronto. Las veía desvanecerse sonriendo, no comprendiendo por qué había estado triste, ni tampoco por qué se encontraba ahora tranquila. Juguetaba con todo; su travesura picoteaba á los transeúntes. Se burlaba de los jovencuelos. Si á su paso se hubiera encontrado con el diablo, indudablemente le hubiera hecho una mueca. Era hermosa, y al mismo tiempo tan inocente, que abusaba de su inocencia. Daba una sonrisa como un gatito dá un zarpazo, y en seguida ya no se acordaba del que había arañado. El día de ayer no existía para ella; vivía en la plenitud del día de hoy. Esto era un exceso de felicidad.

En Deruchette se desvanecía el recuerdo como la nieve se derrite.

LIBRO CUARTO.

El Bug-pipe.

I.

Primeros resplandores de una aurora ó de un incendio.

Gilliatt no había hablado nunca á Deruchette. La conocía por haberla visto de lejos, como se vé la estrella de la mañana.

En la época en que Deruchette encontró á Gilliatt en el camino que vá desde Saint-Pierre Port á Valle, y él la sorprendió escribiendo su nombre sobre la nieve, ella tenía diez y seis años. Precisamente el día anterior le había dicho su tío:

—No hagas más travesuras, que ya eres una mujer.

El nombre *Gilliatt*, que escribió esa niña, cayó en desconocida profundidad.

Qué eran las mujeres para Gilliatt? El mismo no lo sabía. Cuando encontraba alguna la causaba miedo y él también

lo tenía. No hablaba á ninguna mujer más que por completa necesidad. Jamás fué el galán de ninguna campesina. Cuando iba solo por un camino y veía venir hacia él á una mujer, saltaba la tapia de un jardín ó se escondía entre las malezas. Huía hasta de las viejas. En toda su vida solo había visto una parisiense; una parisiense de paso, que era extraño acontecimiento en Guernesey en aquella época. Gilliatt la oyó referir sus desventuras en los siguientes términos:

—*Estoy de mal humor; me han caído algunas gotas de lluvia en el sombrero, que es de color de albaricoque, y este color es tan delicado, que el agua lo mancha.*

Más tarde encontró entre las páginas de un libro antiguo “una dama de la calzada de Antin”, vestida de lujo, y lo pegó en la pared de su huerto para recordar la aparición. En el verano, por las tardes, se escondía detrás de las rocas de la rada Houmet-Paradis para ver cómo se bañaban en el mar, en camisa, las hijas del país. Un día, escondido tras un seto, vió cómo la hechicera de Torteval se ataba la liga. Probablemente era virgen.

La mañana del primer día de *Navidad* (1), en que encontró á Deruchette, y ésta, sonriéndose, escribió su nombre, Gilliatt entró en su casa sin saber por qué había salido. Aquella noche no durmió. Pensó en mil cosas; en que debía cultivar reponches negros en su jardín; en que no había visto pasar al buque de Lerk; en que había visto siempre vivas en flor, cosa rara en aquella estación. Nunca supo de un modo concreto el lazo de parentesco que le unía á la anciana mujer que había muerto, y se acordó de ella con más ternura que nunca. Recordó que encerraba un ajuar de mujer la maleta de cuero. Pensó que al reverendo Jaquemin Hérode le nombrarían de un día á otro dean de Saint-Pierre Port, auxiliar del obispo, y que el rectorado de Saint-Sampson quedaría vacante.

Pensó que un día después de Navidad la luna se halla en su vigésimo-séptimo día, y que por consiguiente la marea alta es á las tres y veinticinco minutos, la media retirada á las siete y quince, la marea baja á las nueve y treinta y tres, y la media subida á las doce y treinta y nueve.

(1) En Guernesey y demás islas del archipiélago de la Mancha, los protestantes celebran el día de Navidad el primer día del año.